

El odio racial, ¿una herencia ineludible?

Aramís del Valle
Periodista independiente
La Habana, Cuba

Un estudio comparativo de la integración del negro en las sociedades esclavistas del continente americano revela singularidades únicas. Si comparamos su inserción social en países tan disímiles en tamaño y cultura como Estados Unidos, Brasil y Cuba, comprobaremos que ya a mediados del siglo XIX había un marcado deslinde. Y la diferencia sustancial se marcaba en la pequeña colonia de las Antillas. En 1850 el sector de libertos con oficios y hasta negocios propios era mucho mayor en proporción dentro de la masa de negros y mestizos que la de los otros dos países tomados como ejemplo.¹

Esta tendencia hacia la liberación, aunque confusa, era integradora y formó parte activa de la conciencia social de la nación en ciernes, donde el negro con medios propios ocupaba un lugar cada vez más importante. Sin embargo, esta lenta conformación de la nacionalidad se nutría también con el abominable peso de la degradación provocada por la esclavitud. Su impronta marcaba no sólo a los cautivos, sino a la sociedad toda. Y esta impronta fue profunda.

Al iniciarse en 1868 la primera guerra de independencia, entre las bisoñas fuerzas

insurrectas se revelaron de inmediato oscuros obstáculos para conformar y asentar la igualdad ciudadana. Hay testimonios históricos de que los mambises blancos y sus correligionarios negros libres no tenían problemas de diferencia como seres sociales que luchaban por la libertad. Se reconocían como iguales. Sin embargo, ambos trataban a los negros recién manumitidos por sus amos independentistas como si aún fueran esclavos, desconfiando de ellos y alejándolos de las armas para empeñarlos en labores manuales. Aunque estas limitaciones fueron paulatinamente obviadas por las urgentes realidades del conflicto armado, dejaban traslucir una tendencia agazapada y pronta a saltar en una sociedad abierta al progreso. De manera muy específica demostraba que el racismo y el menosprecio, más allá de un problema distinguible por el color de la piel o las características físicas, tenían que ver más bien con un prejuicio cultural arraigado por las costumbres.

Era de justicia buscar el reconocimiento social que reclamaban los negros al finalizar las guerras de independencia en 1898. Su participación en ellas fue de plena entrega y sacrificio. Acostumbrados como estamos a

los embriagadores vahos del nacionalismo apasionado y la mala mano de historiadores tendenciosos, no es de rigor seguir pasando por alto que aquellas guerras tuvieron como regla, y no excepción, que muchos más, y de manera mayoritaria, incluidos los negros, se abstuvieran de luchar, o peor, como el Batallón de Pardos y Morenos de La Habana, se opusieran a la independencia con las armas en la mano.

A la larga, como es fácil de comprobar ya en el presente, fueron nefastas estas costumbres belicosas con sus conflictos armados, revueltas, caudillos y espadones regionalistas y alzamientos militares. Intentados para lograr rápidamente objetivos políticos y sociales modernos en un escenario que quedaría completamente destruido por la guerra total, y demasiado alejados del ejercicio de la tónica republicana que cumplía casi un siglo de azarosa vigencia en el continente americano, aquellos primitivos saltos-hacia-delante dejaron una huella incivilizada, no por ello menos socorrida, en la sociedad cubana.

El ordenamiento jurídico e institucional del país, pese a toda la buena intención que hubiera, no podía obviar por decreto el lastre administrativo y los prejuicios de una cultura colonial recién liquidada. El ritmo fue impuesto por intereses humanos, históricos y la insoslayable inercia cultural de una nacionalidad que empezada a conformarse sin tutelaje colonial. Impacientes, los dirigentes negros más activos, frustradas sus inmediatas expectativas, fueron tentados por la violencia como instrumento de cambio, tal y como acostumbrara la lucha contra la metrópoli ya vencida. La primera victimización de esta terrible herencia fue la fugaz y sangrienta Guerra de los Independientes de Color, que devino en atroz matanza de cubanos negros, incluso en ejecuciones ilegales y asesinatos.

Sin embargo, esos propósitos de crearse a la fuerza y sobre la base de lo racial un espacio geográfico independiente del resto de la nación fueron nefastos para la integración del negro como nuevo ciudadano cubano. La convulsión de este sangriento episodio reactivó la violencia como método revolucionario de transformación nacional. Además, las ideas más prejuiciadas y negativas sobre los negros lograron ocupar aceleradamente un espacio en el imaginario nacional. No tenían que ver directamente con este fatal episodio, pero surtieron efecto negativo para la mayor parte del resto de los negros en Cuba, a tal punto que serían obviados los aportes de los afrocubanos a la independencia. A su vez, esto activó los prejuicios y desconfianza de los negros para con la sociedad en que les tocaba vivir, pero que los excluía y despreciaba.

Durante más de medio siglo, la plena consolidación de la república marchó a paso inseguro, asaltada por exabruptos de la consabida violencia, la corrupción y la violación de la institucionalidad. A la par, también poco a poco se iba constituyendo un Estado de Derecho con libertades democráticas. Este espacio fue aprovechado con efectividad por los cubanos de raza negra, en principio con una débil, aunque creciente representación en los cuerpos legislativos y la sociedad civil. El escarnio de la discriminación, que afectaba a los blancos y negros con su semilla de desconfianza y odio, fue suavizándose por el enramado integrador de los preceptos democráticos y los esquemas culturales que fueron transformándose.

Con el advenimiento del crispado período a decretazo limpio de 1959 en adelante, la buena marcha de integración paulatina del negro cubano se vio arrastrada por la vorágine de los cambios radicales. Mediante impulsivos y populares actos de allanamiento social por la fuerza, el negro cubano se vio a sí mismo

igualado por ley en derecho y oportunidades al mayoritario segmento de los cubanos blancos. No obstante, ambos grupos raciales no podían desprenderse por ordeno y mando de su acervo cultural, incluidos prejuicios y esquemas ideológicos sobre la raza colindante, que pesaron más que el forzado igualitarismo revolucionario.

Pese a tener acceso subvencionado a oficios, profesiones y puestos dirigentes sufragados por el Estado, la igualdad racial sólo se produjo oficialmente. Todos, negros y blancos, estaban sufriendo la transformación de ciudadanos activos o latentes a siervos sin derechos de un Estado totalitario. En ese escenario, lanzados a un “futuro luminoso” en medio de un presente cada vez más cerrado y lleno de dificultades, el esquema subyacente y pertinaz de los prejuicios sociales perjudicó la lenta y dolorosa, pero más firme y segura, integración de negros y blancos que venía discurriendo desde el nacimiento de la república en 1902.

El Estado democrático de Derecho, condición básica para la integración racial y cul-

tural de cualquier sociedad, quedó excluido de Cuba. La experiencia de más de medio siglo de este forzado escenario ha demostrado que, lamentablemente, las diferencias, desprecio, y desconfianza entre ambos grupos raciales se han agudizado al punto de superar los niveles de conflicto previos a 1959. La situación es peor por no disfrutar ninguno de los dos grupos raciales de los derechos ciudadanos, sojuzgados por la permanente servidumbre al Estado todopoderoso, el supuesto benefactor.

La nación que tendremos en el futuro, libres de la dictadura militar que nos sojuzga, tendrá que recoger el reto trunco en 1959 de una nación con odios ocultos que saldrán a la luz en una sociedad de Derecho, quizás con una fuerza volcánica y tremebunda. Las posibilidades están latentes, pero también lo están las bases de la paz y concordia para limar las diferencias que constituyen buena parte de la onerosa herencia castrista. En estas fuerzas positivas y con este objetivo civilizador, todos los cubanos debemos confiar y poner nuestro empeño.

Nota:

1 El censo de 1860 en los estados sureños de la Unión Americana, donde se acumulaba la mayor parte de la población negra, arrojó 3' 953, 000 esclavos y 262, 000 libres (6% del total). El censo de 1861 en Cuba registró 377, 203 esclavos (62.09% del total de la raza negra) y 225, 843 negros y mestizos libres (37, 4% del total). A Brasil fueron a parar más de 13 millones de africanos. Para la década de 1860, sólo el 2% había logrado la libertad negociada.